

La vuelta del explorador.

«Y así es como he vuelto. . . . Creo que debí quedar insensible mucho tiempo sobre la Máquina. La sucesión fantasmagórica de los días y de la noche volvió. El sol tornó á resplandecer. Ví de nuevo el cielo azul. Respiraba más fácilmente. Los contornos flotantes de la comarca crecían y decrecían. Las agujas en los cuadrantes giraban en sentido inverso. Por fin ví de nuevo vagas sombras de casas, huellas de humanidades decadentes que también pasaban, en tanto que otras las sucedían. Después de algún tiempo, cuando el cuadrante de los millones de años llegó al cero, mitigué la velocidad de la máquina y pude reconocer nuestra frágil arquitectura familiar; la aguja de los miles volvió á su punto de partida; el día y la noche se alternaron más lentamente. Después me rodearon los viejos muros del laborato-

rio. Entonces, muy suavemente mitigué aún el movimiento.

«Observé un hecho que me pareció curioso. Creo haber dicho que cuando partí y antes de que mi velocidad fuera muy grande, mi recamarera había atravesado por el cuarto como una flecha. A mi vuelta pasé por el minuto exacto en que había atravesado el laboratorio. Pero esta vez cada uno de sus movimientos me pareció exactamente el inverso de los precedentes. Es decir, se deslizó por el laboratorio hacia atrás y en el sentido contrario; pero pasó como un relámpago.

«Entonces detuve la máquina y ví de nuevo al rededor de mi viejo laboratorio, mis útiles, mis aparatos, tales cuales los había dejado. Bajé de la máquina todo anquilosado y me dejé caer sobre una silla donde durante algunos minutos fui sacudido por un fuerte temblor. Después me calmé, feliz de encontrar intacto alrededor de mí, mi viejo taller. Debí sin duda dormirme y todo había sido un sueño!

«Y sin embargo algo había cambiado. La Máquina había partido del rincón izquierdo de la pieza y ahora estaba en el derecho pegada al muro, como ustedes la han visto.

«Eso os dará la distancia exacta que separaba los céspedes del pedestal de la Esfinge Blanca, donde los Morloks habían llevado la Máquina.

«Durante cierto tiempo tuve el cerebro entorpecido; después me levanté y por el comedor vine hasta aquí, cojeando, pues mi talón me dolía mucho aún, y sintiéndome

extraordinariamente molido. Sobre la mesa, cerca de la puerta, ví el *Pall Mall Gazette* con fecha de hoy y cuando levantaba los ojos hacia el péndulo que marcaba casi las ocho, oí las voces de ustedes y el ruido de los cubiertos. Vacilé, me sentía muy debil y muy sordo. Pero el olor sano de la carne me llegó al olfato y abrí la puerta. Ustedes saben lo demás, fuí á vestirme, comí y ahora os he contado mi historia.

XVI

DESPUES DEL RELATO.

—Se, dijo después de una pausa el Explorador del Tiempo, que todo esto es para ustedes absolutamente increíble; pero para mí la sola cosa increíble es estar aquí esta noche, en este viejo fumoir íntimo, feliz de ver los rostros amigables de ustedes y refiriéndoles todas estas extrañas aventuras.

Se volvió hacia el Doctor.

—No, dijo, yo no espero que me crean ustedes. Tomen mi relato como una ficción— ó una profesía.— Digan que he tenido un sueño en mi laboratorio, que me he entregado á especulaciones sobre los destinos de nuestra raza hasta que he maquinado esta ficción. Tomen mi afirmación de esta verdad como un simple toque de arte, para realzar el interés. Y ya bajo este punto de vista díganme ¿qué piensan ustedes?

Tomó su pipa y comenzó á fumar nerviosamente. Yo me volví hacia los oyentes. Todos estaban en la sombra.

El doctor parecía absorto en la contemplación de nuestro huésped. El Redactor en Jefe miraba obstinadamente el cabo de su cigarro.

El periodista sacó su reloj. Los otros quedaron inmóviles. El Redactor en Jefe se levantó suspirando:

—Qué lástima que no sea usted escritor.

—Cree usted en mi historia?

—Pero.

—Ya sabía yo que no!

El Explorador se volvió hacia nosotros.

—Dónde están los cerillos? dijo.

Encendió uno y hablando entre bocanada y bocanada de humo:

—A decir verdad, añadió. Yo mismo apenas creo en mi historia... Y sin embargo.

Sus ojos se detuvieron en interrogación muda sobre las flores blancas, marchitas, que había arrojadas sobre la mesita. Después miróse la mano en que tenía la pipa y advirtió que examinaba algunas cicatrices medio curadas en las junturas de sus dedos.

El Doctor se levantó, fué hacia la lámpara y examinó las flores.

—El pistilo es curioso, dijo.

El Psicólogo se inclinó también para ver y extendió los brazos para tocar el otro espécimen.

—Diablo! pero es la una menos cuarto, dijo el periodista. Cómo voy yo á hacer para volver á mi casa?

Hay coches en la estación, dijo el Psicólogo.

—Esto es extremadamente curioso, dijo el Doctor, pero ignoro ciertamente á qué

género pertenecen estas flores. Puedo guardarlas?

El Explorador vaciló; luego dijo.

—No, por cierto!

—De dónde las tomó usted realmente? preguntó el Doctor.

El Explorador se llevó la mano á la frente y habló como alguien que trata de retener una idea que se le escapa.

—Fueron puestas en mi bolsa por Weena, durante mi viaje.

Paseó sus miradas al redor de la pieza.

—El diablo me lleve si no estoy alucinado! dijo. Esta pieza, todos vosotros, esta atmósfera de vida cotidiana, es demasiado para mi memoria. He construido yo jamás una máquina ó un modelo de Máquina para viajar por el tiempo? O todo esto no es más que un sueño? Se dice que la vida es un sueño, un pobre sueño á veces precioso, pero yo no puedo resistir ya. De dónde me vino este sueño? Es preciso que vaya yo á ver la Máquina, si es que *hay* una!

Bruscamente tomó la lámpara y fué por el corredor. Le seguimos. Indudablemente ahí, bajo la claridad vacilante de la lámpara, se encontraba la Máquina, fea, sucia, hecha de cobre, de ébano, de mástil y de cuarzo traslúcido y cintilante. Rígida al tacto, porque yo avancé la mano y tantíe la solidez de las barras—con manchas oscuras sobre el marfil, briznas de yerba y musgo adheridas aún á las partes inferiores y una de las barras floja.

El Explorador posó la lámpara sobre una

mesa y pasó su mano á lo largo de la barra dañada.

—Perfectamente!—dijo. La historia que les he contado á ustedes es verdadera. Lamento haberlos traído aquí al frío.

Volvió á tomar la lámpara, y en el silencio más absoluto volvimos al fumoir.

Nos acompañó hasta el vestíbulo cuando partimos, y ayudó al Redactor en jefe á ponerse su abrigo. El doctor, encaminándolo con cierta vacilación, le dijo que debía sufrir de fatiga cerebral, lo cual lo hizo reír. Todavía lo recuerdo, de pié sobre el dintel, deseándonos las buenas noches.

Yo tomé un cab con el Redactor en jefe, que juzgó la historia una soberbia invención. Por mi parte érame imposible llegar á conclusión alguna. El relato era tan fantástico y tan increíble, y la manera de decirlo tan convincente y tan grave! Me quedé despierto una parte de la noche, no cesando de pensar en lo que había oído, y decidí volver al día siguiente á ver á nuestro viajero. Cuando llegué me dijeron que estaba en su laboratorio, y como conocía la casa, fui á buscarle. El laboratorio, sin embargo, estaba vacío. Examiné un momento la Máquina y toqué apenas la palanca. Inmediatamente aquella masa, de aspecto sólido, se agitó como una rama sacudida por el viento. Su instabilidad me sorprendió extremadamente, y tuve el singular recuerdo de los días de mi infancia cuando se me prohibía tocar todo. Volví por el corredor y encontré á mi amigo en el fumoir. Salía de su recámara. Bajo un brazo llevaba un pequeño aparato fotogrúfi-

co, en otro un saquito de viaje. Al verme rió y me tendió su codo á guisa de apretón de manos.

—Estoy, dijo, extremadamente ocupado con esta Máquina.

—¿Pero no se trata de una mistificación? dije yo. ¿Recorre usted verdaderamente las edades?

—Sí, realmente y verdaderamente.

Me miró con franqueza á los ojos. Repentinamente vaciló. Sus miradas erraron por la pieza.

—Tengo necesidad de media hora solamente. Sé por qué ha venido usted, y se lo agradezco. Aquí tiene algunas revistas. Si quiere quedarse á almorzar, le traeré pruebas fotográficas de mis exploraciones, especimens y todo el resto, hasta que esté usted absolutamente convencido. Me excusa que le deje solo un momento?

Consentí, comprendiendo entonces apenas todo el alcance de sus palabras, y con un amistoso signo de cabeza se fué por el corredor. Oí que se cerraba la puerta del laboratorio, me instalé en un sillón y me puse á leer un diario. Qué iba á hacer mi amigo antes de la hora del almuerzo? Después, un nombre en un anuncio me recordó que había prometido á Richardson, el doctor, una cita. Me levanté para ir á prevenir á mi amigo que lo dejaba.

En el momento en que ponía la mano sobre el pasaporte oía una exclamación extraña y un golpe sordo.

Una ráfaga de aire torbellineó alrededor de mí al abrir y del interior me llegó como

el ruido de una vidriera rota que cayese sobre el piso. Mi viajero no estaba ahí. Me pareció durante un momento percibir una forma fantasmagórica é indistinta, sentada en una masa amarilla y negra, vertiginosa. —Una forma tan transparente que la mesa que estaba detrás, con sus papeles de dibujo era absolutamente distinta. Pero esta fantasmagoría se desvaneció en tanto que yo me frotaba los ojos. La Máquina también había partido. A parte de un resto de polvo en movimiento, la otra parte del laboratorio estaba vacío.

«Fui preso de un terror irrazonado. Sentí que algo extraño había pasado y no podía por el momento distinguir qué especie de cosa extraña era.

«En tanto que estaba yo ahí, sin saber que hacer, la puerta del jardín se abrió y la doméstica apareció. Nos miramos y me volvieron mis ideas.

—Es que su amo de usted ha salido por ahí? le dije.

—No, señor, nadie ha salido por ahí, yo creía encontrar al señor aquí.

«Entonces comprendí y á riesgo de enojar á Richardson decidí esperar á mi amigo. Esperé el segundo relato acaso más extraño que el primero y los espécimens y las fotografías que traeria. Pero comienzo á creer que tendré que esperar toda la vida. El Explorador del Tiempo desapareció hace tres años y como todo el mundo lo sabe ya, no ha vuelto todavía.

FIN.

NOVELAS DEL "COMICO."

El Donador de Almas

Amado Nervo



Ten cuidado: jugando uno al fantasma, se vuelve fantasma.
(Máxima de Kob-bala.)